

de enriquecerse con los despojos de la Francia; en un momento en que las potencias del continente, después de haber devorado á la Polonia, no sentían escrúpulo en devorar aún á Venecia y Génova, á los pueblos libres, á los príncipes mediatos de la Alemania; en el que la Inglaterra invadía todas las posesiones marítimas del globo, y en el que los mismos pequeños Estados no se mostraban menos ávidos que los grandes; en una palabra, en un momento en que cada uno pensaba no más que en su propio interés, era muy justo que la Francia pensara en sí, y no en la conservación del Estado alemán, que á otros interesaba más que á ella, y que había perdido todos sus títulos á nuestra protección. En otros tiempos, defender á la Sajonia hubiera sido la política no sólo la más generosa, sino la más hábil; en una época en la que todos los derechos establecidos habían sucumbido con los tratados en una espantosa guerra de veintidós años, en la que todos los derechos iban á crearse de nuevo, Mr. de Talleyrand olvidó demasiado á la Francia por la Sajonia, y su conducta incomprensible se explica por su impaciencia en representar un papel, y en profesar un principio que las potencias no podían admitir formalmente, pues los diplomáticos austriaco, inglés y francés, que tan ardientemente lo defendían en Dresde, lo sacrificaban en Venecia, en Génova, en Malta, en Stockolmo y en cien principados alemanes.

Así, dos veces en dos años se decidió la suerte de la Francia por los más frívolos motivos. En Praga, en 1813, Napoleón, pudiendo conservar á la Francia con

toda su grandeza, no lo hizo, cegado por una insensata ambición. En 1814, los Borbones, pudiendo recobrar algunas partículas de nuestro perdido esplendor, dejaron pasar la ocasión, por la impaciencia de publicar la paz de la que hacían su título principal al aprecio público, por falta de atención y experiencia, por deseo de profesar y de consentir que profesasen en Viena un principio que agradaba al orgullo de su raza. ¡Triste suerte la de nuestro país, siempre entregado á merced de los vientos de la revolución, dependiendo unas veces de la locura de un hombre y otras del desacierto de un partido! Por fortuna la grandeza material no es el complemento de una nación, y la Francia, gracias á su importancia moral, ha recuperado el papel que la hicieron perder los acontecimientos; pero al considerar los aflictivos espectáculos que acabamos de describir, no podemos menos de manifestar los deseos que abrigamos de ver crearse en Francia una verdadera política de orden y de gobierno, que sin estar movida por los intereses de una dinastía ó de un partido, sin ceder al impulso de las circunstancias, sin una afición exclusiva en favor de la paz ó de la guerra, sin una preocupación egoísta en una palabra, y guiada por la razón de Estado, dirija los negocios del país, encaminándolos por la vía de su seguridad y de su esplendor. ¡Quiera Dios concedernos este sacrificio! Entonces alcanzará la Francia lo que nunca ha alcanzado, al menos de una manera durable: una suerte proporcionada á su inteligencia, á su valor y á la preciosa sangre que han vertido sus hijos.

## LIBRO QUINCUGÉSIMO SÉPTIMO

### LA ISLA DE ELBA

Permanencia de lord Castlereagh en París. — Logra que Luis XVIII conceda el ducado de Parma á María Luisa, y promete en cambio al monarca francés la expulsión de Murat. — Austria envía cien mil hombres á Italia, y Francia treinta mil al Delfinado. — Situación interior de la Francia; aumento de inquietudes en los poseedores de bienes nacionales, é irritación de los militares. — Descubrimiento de los restos de Luis XVI, y ceremonia fúnebre del 21 de enero. — Reorganización de la magistratura, y reemplazos de Mr. Muraine por Mr. de Seze, y de Mr. Merlin por Mr. Mourre. — Alboroto popular con motivo de los funerales de la señorita Raucourt. — Continuación de la sumaria del general Exelmáns. — Este general sale libre. — El ejército francés se dispone, por la primera vez, á intervenir en la política. — Algunos jóvenes generales forman el proyecto de echar por tierra á los Borbones. — Complot de los hermanos Lallemand y de Lefebvre-Desnoettes. — Los grandes personajes del imperio manifiestan la repugnancia que les cuesta tomar parte en semejantes empresas. — Mr. Fouché, menos escrupuloso, se convierte en el foco de todas las intrigas. — Mr. de Basano, que hasta entonces no se había puesto en comunicación con la isla de Elba, encarga á Mr. Fleury de Chaboulón que dé cuenta á Napoleón de lo que pasa, sin atreverse á añadir á estos detalles ningún consejo. — Residencia de Napoleón en la isla de Elba, y su modo de vivir en ella. — Organización de su pequeño ejército y de su reducida marina. — Lo que hacía en favor de la prosperidad de la isla. — Estado de su hacienda. — Imposibilidad en que se hallaba Napoleón de sostener más de dos años las tropas que había llevado en su compañía. — Esta circunstancia y las noticias que recibe del continente le impulsan á no permanecer en la isla de Elba. — Su reconciliación con Murat y los consejos que le da. — Napoleón sabe, á principios del año 1815, que los soberanos reunidos en Viena van á separarse, que tratan de deportarle á Ultramar, y que los partidos se hallan en Francia en el último grado de exasperación. — De pronto se resuelve á abandonar la isla de Elba, antes que á las largas noches favorables para su evasión sucedan los días largos. — La llegada de Mr. Fleury de Chaboulón le acaba de decidir á tomar esta resolución. — Preparativos secretos de su empresa, cuya ejecución debe llevarse á cabo el 26 de febrero. — Su último mensaje á Murat, y su embarque el 26 de febrero por la noche. — Diversas circunstancias de su navegación. — Desembarque en el golfo Juan, el 1.º de marzo. — Sorpresa é incertidumbre de los habitantes de la costa. — Tentativa fallida en Antibes. — Estancia de algunas horas en Cannes. — No tiene más remedio que escoger uno de los dos caminos que se le presentan, el de las montañas, que conduce á Grenoble, ó el del litoral, que conduce á Marsella. — Napoleón se decide por el primero, y al escogerle, asegura el éxito de su empresa. — Salida el 1.º de marzo por la noche para Grasse. — Marcha penosa y larga á través de las montañas. — Llegada á Sisterón, en el segundo día. — Motivos por los cuales no se hallaba esta plaza custodiada. — Ocupación de Sisterón, y marcha contra Gap. — Lo que sucedía por entonces en Grenoble. — Disposiciones de la nobleza, de la clase media, del pueblo y de los militares. — Resolución del prefecto y de los generales de cumplir su deber. — Envío de tropas á La Mure, para impedir el tránsito por el camino de Grenoble. — Napoleón después de pasar á Gap, se dirige hacia Grenoble, y encuentra en La Mure al batallón del 5.º de línea enviado para detenerle. — Se presenta delante de la vanguardia del batallón, y descubre su pecho á los soldados del 5.º. — Estos responden á su acción con el grito de *¡Viva el emperador!* y se precipitan á ponerse á las órdenes de Napoleón. — Después de este primer triunfo, continúa Napoleón su marcha hacia Grenoble. — En el camino encuentra al 7.º de línea, mandado por el coronel de La Bedoyere, quien se rinde á él. — Aquella misma noche llega delante de Grenoble. — Estando las puertas cerradas, el pueblo las echa abajo y las abre á Napoleón. — Lenguaje pacífico y liberal con que habla á todas las autoridades civiles y militares. — Napoleón permanece el 8 en Grenoble, enviando hacia Lyon las tropas de que se ha apoderado, que componen un número de cerca de ocho mil hombres. — El 9 se dirige él mismo hacia Lyon. — La noticia de su desembarco llega á París el 5 de marzo. — Efecto que produce. — Se hace marchar al conde de Artois con el duque de Orleans á Lyon; al mariscal Ney á Besanzón; al duque de Borbón á la Vendée, y al duque de Angulema á Nimes y á Marsella. — Convocación inmediata de las cámaras. — Inquietud de la clase media, y profundo pesar de los hombres ilustrados, que preven las consecuencias de la vuelta de Napoleón. — Los realistas moderados, y á su cabeza MM. Lainé y de Montesquiou, desearían ponerse de acuerdo con el partido constitucional, modificando el ministerio y los cuerpos del Estado en favor de las opiniones liberales. — Los realistas ardientes, por el contrario, no ven en las desgracias que suceden más que faltas de debilidad, y no quieren hacer ninguna concesión. — Luis XVIII, poseído de una extremada indecisión, no toma ningún partido. — Continuación de los sucesos entre Grenoble y Lyon. — Llegada del conde de Artois á Lyon. — Es recibido con frialdad por la población, y con malevolencia por las tropas. — Vanos esfuerzos del mariscal Macdonald para obligar á los militares de todas graduaciones á que cumplan su deber. — El aspecto de las cosas llega á ser tan alarmante, que el mariscal Macdonald hace al conde de Artois y al duque de Orleans que se vuelvan á París. — Sólo cuenta con su persona para organizar la resistencia. — Al presentarse el 10 de marzo por la tarde delante del puente de la Guillotiere la vanguardia de Napoleón, los soldados que defienden el puente gritan *¡Viva el emperador!*, abren la ciudad á las tropas imperiales, y tratan de apoderarse del mariscal Macdonald para reconciliarle con Napoleón. — El mariscal emprende la fuga, con el fin de no faltar á su deber. — Entrada triunfal de Napoleón en Lyon. — Lo mismo que en Grenoble, se esfuerza en persuadir á todo el mundo de que desea la paz y la libertad. — Decretos que promulga: para disolver las cámaras, para convocar el cuerpo electoral en el Campo de Mayo en París, y para asegurar, tomando diversas medidas, el éxito de su empresa. — Después de haber permanecido en Lyon el tiempo indispensablemente necesario, parte el 13 por la mañana, dirigiéndose hacia Borgoña. — Acogida entusiasta que le dispensan los habitantes de Macon y de Chalons. — Mensaje del gran mariscal Bertrand al mariscal Ney. — Este último se propone sinceramente cumplir su deber, pero se halla apurado en medio de las poblaciones y de las tropas que, movidas por un impulso irresistible, corren á ponerse á las órdenes de Napoleón. — El mariscal Ney lucha dos días enteros, y viendo insurreccionarse en torno suyo á las ciudades y á las tropas, cede al torrente de la opinión y se reúne con el emperador. — Marcha triunfal de Napoleón á través de la Borgoña. — Su llegada á Auxerre el 17 de marzo. — Proyecto de detenerse dos días en este sitio, para concentrar en él sus tropas y avanzar militarmente hacia París. — Situación de la capital durante estos últimos días. — Habiendo fracasado los esfuerzos hechos por los realistas moderados, para ponerse de acuerdo con el partido constitucional, sólo se cambian el ministro de la Guerra, de quien desconfían, y el director de Policía, á quien no creen con suficientes luces para



desempeñar su cargo. — El duque de Feltre es nombrado ministro de la Guerra. — Tentativa de los hermanos Lallemand, y su mal éxito. — Esta circunstancia hace concebir algunas esperanzas á la corte, y se celebra una sesión regia en la que es muy aplaudido Luis XVIII. — Proyecto de la formación de un ejército, para enviarlo á Melín, al mando del duque de Berry y del mariscal Macdonald. — Estancia de Napoleón en Auxerre. — Su entrevista con el mariscal Ney, á quien impide diestramente que le imponga condiciones. — Su salida el 19, y su llegada á Fontainebleau por la noche. — Al saber su proximidad, la familia real se decide á salir de París. — Partida de Luis XVIII y de todos los príncipes, en la noche del 19 al 20. — Ignorancia en que se está, el 20 por la mañana, de la partida de la familia real. — Los oficiales de reemplazo, reunidos tumultuosamente en la plaza del Carrousel, concluyen por saber que el palacio está abandonado, y enarbolan en él la bandera tricolor. — Todos los grandes del imperio acuden á las Tullerías. — Napoleón sale de Fontainebleau por la tarde y llega á París por la noche. — Escena tumultuosa de su entrada en las Tullerías. — Causas y carácter de esta original revolución.

Lord Castlereagh salió de Viena el 15 de febrero de 1815 y llegó á París el 26, en donde se detuvo muy pocos días, porque le esperaban con gran impaciencia en Londres sus colegas, quienes no se atrevían á discutir, mientras estuviere ausente, las disposiciones del congreso. Sin embargo, durante su estancia en París vió á Luis XVIII, fué recibido por este príncipe con extrema cortesía, y logró salir triunfante en la negociación de que se había encargado, y que consistía en dejar el ducado de Parma á María Luisa durante la vida de esta princesa, y en establecer provisionalmente en Luca á la heredera de Parma, es decir, á la reina de Etruria. Luis XVIII accedió á este arreglo para complacer á la Inglaterra, y sobre todo para contar con el apoyo de esta potencia en el asunto de Nápoles. Por lo demás, el ruido que producían en Italia los armamentos de Murat simplificaba la solución en favor de los mismos ministros ingleses; nada más fácil que presentar al rey de Nápoles como infiel á sus promesas, como perturbador del reposo europeo, y como merecedor, bajo este supuesto, de ser precipitado de un trono en el que sólo momentáneamente le habían sufrido. El Austria se ocupaba en aumentar cien mil hombres á los cincuenta mil que tenía en Italia, y Luis XVIII decidió con su consejo que treinta mil franceses se establecieran entre Lyon y Grenoble, para tomar parte, por mar y tierra, en las operaciones proyectadas contra Murat. Todo se reunía, pues, para destruir en Italia el último vestigio del vasto imperio de Napoleón.

Pero el destino de los Borbones había dispuesto que cayeran antes que Murat en el abismo siempre abierto de las revoluciones del siglo, para salir de él de nuevo con más elementos que duración, pero por desgracia menos inocentes. ¡Su situación no se había mejorado más que su conducta! Habiéndose obtenido, á fines de diciembre, todo lo que se deseaba de las cámaras, se las suspendió hasta el 1.º de mayo de 1815, y al librarse de un peso aparente el trono se privó de su mejor apoyo, porque especialmente la cámara de diputados, con su marcha tímida pero prudente, era la expresión exacta de la opinión pública, que sin dejar de calificar de imprudentes y hasta de perjudiciales á los Borbones, deseaba que modificasen su modo de ser y su sostenimiento. La cámara de diputados, que, como recordarán nuestros lectores, no era más que la continuación del antiguo cuerpo legislativo, al censurar severamente en la tribuna las locuras de los emigrados, daba una satisfacción á la opinión pública, hacía una advertencia saludable al gobierno y era como una especie de mediadora que por un lado impedía que la irritación se aumentase y por el otro que las faltas tomasen mayores proporciones. La suspensión de las cámaras, en semejante caso, era sumamente sensible, porque la nación y

la emigración se alejarían cada día más la una de la otra, sin que hubiera un poder moderador capaz de reunir las y de contenerlas.

Así, pues, las torpezas y los efectos de las torpezas se aumentaban, en vez de disminuirse. Los sacerdotes desde el púlpito no cesaban de predicar contra la usurpación de los bienes de la Iglesia; los legos, antiguos propietarios de los predios vendidos, apremiaban á los nuevos poseedores, para decidirles á restituir unos bienes adquiridos, por regla general, á ínfimos precios, pero por los que querían darles un precio mucho más ínfimo todavía. El artículo de la Carta que garantizaba la inviolabilidad de las ventas de los bienes nacionales hubiera debido tranquilizar lo bastante á los poseedores dotados de alguna instrucción; pero les decían que la Carta era una concesión de circunstancias, completamente momentánea; y en medio de una época de tantos cambios y alteraciones, nada de extraño tenía que se alarmasen. Por otra parte los periódicos más acreditados del partido realista empleaban, al tratar de este asunto, un lenguaje muy alarmante, y cuando les respondían citándoles la ley fundamental, replicaban que la ley había podido garantizar la materialidad de las ventas, pero que no había podido alterar nada moralmente ni conseguir que lo que era inmoral fuese honrado á los ojos de la conciencia pública. «La ley, decían, garantiza las compras nacionales y la opinión las condena. Nada se puede hacer contra esta última, y por el contrario, debemos alegrarnos y felicitarnos de esta reacción de la moral universal contra el crimen y la expoliación.» Para que este lenguaje hubiese producido los resultados que deseaban al emplearle, hubiera debido ir acompañado de medidas expoliadoras; pero no se atrevían á dictarlas, y los artículos de los periódicos no eran más que una especie de violencia moral que quería hacerse á los nuevos poseedores, para obligarles á que por sí mismos renunciasen á unos bienes puestos á discusión. De este modo se realizaba el deseo que había manifestado Mr. Lainé en la comisión de la Carta, al decir que las ventas debían, sin duda alguna, garantizarse, pero no demasiado, á fin de obligar á los nuevos propietarios á transigir con los antiguos.

Con este objeto se imaginó y se divulgó una de las fábulas más significativas. Según ella, el príncipe de Wagram, Berthier, poseedor de la heredad de Grosbois, después de reunir los títulos de este predio, los depositó á los pies de Luis XVIII, suplicándole que aceptase su restitución; y el rey, aceptándolos y guardándolos por espacio de una hora, llamó al arrepentido mariscal del imperio, y le dijo: «Volved á entrar en posesión de la heredad de Grosbois; no puedo hacer nada mejor que disponer de ella en favor vuestro y ofrecérosela en recompensa de vuestros servicios.» Esta anécdota se di-

vulgó con increíble rapidez hasta en las provincias más apartadas, y en todas encontró crédulos. En vano aseguraba el príncipe de Wagram á las infinitas personas que le preguntaban, que todo era pura invención; no por esto desistían de propagarla como si fuese verdadera. El mismo príncipe no pudo conseguir que se retratasen los periódicos realistas que habían publicado la noticia en cuestión.

Mr. Louis, temiendo el efecto que podían producir en el crédito las inquietudes inspiradas á los poseedores de bienes nacionales, en pleno consejo, y después de una forzada lucha, arrancó á Luis XVIII la rúbrica de la orden poniendo á la venta una porción de los bosques del Estado, comprendiendo en ella una gran cantidad de los antiguos bosques de la Iglesia. Después de rubricada la orden, comenzó el ministro á hacer las adjudicaciones sin pérdida de tiempo, á fin de tranquilizar á los poseedores, porque no era presumible que los que llevaban á cabo nuevas ventas tratasen de violar las anteriores. El tipo sumamente módico de los precios de venta atrajo especuladores, que encontrando en la expención de la madera el equivalente del coste de la compra, y obteniendo de este modo la superficie del terreno casi por nada, corrían voluntariamente la suerte que estuviese reservada á esta clase de adquisiciones. Sin embargo, esta medida no restableció la seguridad, y los propietarios que habían adquirido sus bienes durante la revolución, muy numerosos en el campo, continuaban viviendo seriamente alarmados. Ahora bien, alarmar los intereses equivale á inmolarlos, porque el temor del mal obra en los hombres tanto y á veces más que el mal mismo.

Las manifestaciones contra la revolución francesa no cesaban tampoco. El aniversario del 21 de enero proporcionó una nueva ocasión, que fué aprovechada con entusiasmo. Un hombre piadoso había comprado en la calle de la Magdalena, en París, el terreno en donde habían sido inhumados el rey Luis XVI, la reina María Antonieta y Madama Isabel, y algunos días antes del 21 de enero comenzó á hacer excavaciones para buscar los restos de estas augustas víctimas. Creyó haberlos encontrado, y según todos los indicios, tenía razón para creerlo. En consecuencia de esto, el gobierno mandó que se celebrase una ceremonia fúnebre para trasladar á San Dionisio aquellas cenizas tan dignas de respeto. Pero desgraciadamente se acompañó á esta ceremonia con maldiciones de todas clases contra la revolución francesa, á las que los hombres identificados con la revolución por sus actos ó simplemente por sus opiniones, contestaron poniendo en duda el descubrimiento hecho en la calle de la Magdalena y ridiculizándole con toda clase de sátiras. Los realistas replicaron profiriendo nuevas injurias contra los revolucionarios, y les repitieron que si materialmente se les perdonaba, y por excesiva bondad no se les enviaba al cadalso, no podían pedir más en cumplimiento de la promesa de olvido consignada en la Carta; pero que de ningún modo eran bastantes á sofocar la conciencia pública, ni á impedir que execrase su crimen; y como para poner más en relieve estas tristísimas recriminaciones, se ordenó que se celebrase una ceremonia anual en expiación del atentado del 21 de enero.

A todos estos actos añadieron otros más significativos

todavía, respecto de las personas. Al aceptar en principio la inamovilidad de los magistrados, el rey se reservó el derecho de conceder ó negar la investidura á los que se hallaban en el desempeño de sus funciones, revisando de este modo á todo el personal de la magistratura; en vista de lo cual los magistrados de todas las categorías esperaban con ansiedad que se decidiese su suerte, y vivían en un estado de dependencia que podía ser funesto para los justiciables, y en particular para los que poseían bienes nacionales.

Las Cámaras, antes de terminar sus sesiones, habían pedido que se pusiese fin á este estado de incertidumbre, y en enero de 1815 comenzó el gobierno por el tribunal supremo la reorganización tan temida. Fueron excluidos del cargo de primer presidente Mr. Muraine, á causa de sus asuntos privados; del de procurador general, Mr. Merlin, á causa de su voto en la sumaria de Luis XVI; y para reemplazarlos, se nombró á Mr. de Seze y á Mr. Mourre. Estos cambios eran naturales, pero también lo era que el partido revolucionario viese en ellos la manifestación de los sentimientos que le profesaban, sobre todo por ir acompañados estos actos con el lenguaje más amargo del mundo. Para perdonarse semejantes cosas, sería preciso que los partidos tuviesen un espíritu de justicia del que nunca han estado dotados.

En la misma época, el clero, cediendo aquella vez, no á sus pasiones, sino á escrúpulos sinceros, estaba á punto de excitar un verdadero levantamiento en la población parisiense. Una célebre trágica, la señorita Raucourt, acababa de morir, y se llevó su ataúd á la iglesia de San Roque, sin haberse puesto antes de acuerdo con el cura de la parroquia para obtener de él que celebrase el oficio de difuntos. El cura hubiera obrado más prudentemente evitando el escándalo y suponiendo el arrepentimiento, que autoriza á considerar á las personas dedicadas á la carrera del teatro como devueltas al seno de la Iglesia. El cura, sin embargo, se negó obstinadamente á recibir el ataúd. La muchedumbre no tardó en agruparse á la puerta del templo, y viendo el público en esta escena una nueva prueba de la intolerancia del clero, forzó las puertas de la iglesia. El ataúd entró en ella violentamente, y no se sabe lo que hubiera pasado si una real orden llegada de las Tullerías no hubiera prescrito al cura que concediese á la difunta todas las honras fúnebres.

Según lo que disponen las reglas canónicas, el cura estaba en su derecho; y como el clero no lleva los registros de la población civil, como sus negativas carecen de influencia sobre las personas y no tienen más consecuencia que la privación de las honras, que la iglesia puede conceder ó negar, según sus creencias, el cura de San Roque se hallaba autorizado para no consentir en celebrar los oficios que le exigían, y los amigos de la difunta hubieran debido conducirla al cementerio sin presentarla en la iglesia. Pero el abuso que se hace de los derechos, priva frecuentemente de su más legítimo ejercicio. Las predicaciones incendiarias del clero habían exacerbado de tal modo los ánimos, que ni aun siquiera se le perdonaban sus más justas exigencias, y es muy probable que si el cura no hubiese obedecido á tiempo la real orden, la multitud amotinada hubiese cometido alguna profanación deplorable, que ni el ejér-



cito ni aun la guardia nacional se hubieran apresurado mucho á reprimir.

Pero de todas las escenas de aquella época, la más triste, la que produjo más ruido, fué la causa seguida contra el general Exelmáns.

Antes de ahora hemos dicho el delito de que se acusaba á este ilustre general. Entre las cartas secuestradas á lord Oxford, y dirigidas á la corte de Nápoles, se halló una en la que el general Exelmáns recordaba á Murat, de quien era reconocido amigo, su completa adhesión, y le decía que si su trono estaba en peligro numerosos oficiales franceses acudirían á ofrecerle su espada. Públicamente se sabía que la corte de Francia trataba de conseguir en Viena la destitución de Murat, pero no le había declarado la guerra, y por consiguiente, no había en la carta secuestrada nada que fuese contrario á la disciplina militar. Sólo podía tacharse al general Exelmáns, á quien se había dejado en activo servicio, de no participar de las disposiciones harto conocidas del gobierno, que tan benévolo y complaciente se había mostrado con él. Su delito, cuando más, era una inconveniencia, de ningún modo una violación de sus deberes.

El general Dupont lo juzgó así, y se contentó con dirigirle una reprimenda, encargándole que en lo sucesivo fuese más circunspecto. Pero el ministro Dupont fué reemplazado por el mariscal Soult; y ya hemos visto que este mariscal, enemigo al principio de la restauración, prometió al reconciliarse con ella, restablecer la disciplina en el ejército, volviendo á inocular en él á un mismo tiempo la fidelidad y la sumisión.

Uno de los medios que quiso emplear para conseguir esto fué el de remover el asunto ya olvidado del general Exelmáns, tratando, al hacer ver su autoridad á uno de los generales más populares, de intimidar á los demás. En aquella época ciertamente se decía, y hasta se creía, que la debilidad del gobierno alentaba la falta de adhesión del ejército. El duque de Berry, irritado de no encontrar en los militares los mismos sentimientos que él les manifestaba, estaba imbuido en esta falsa idea, y la sostenía con toda la impetuosidad de su carácter. El mariscal Soult, demasiado afanoso en complacer á este príncipe, declaró al general Exelmáns en situación de reemplazo, y le intimó á que se fuese á residir á Bar-sur-Ornain, lugar de su nacimiento, como en una especie de destierro. Los oficiales de reemplazo disputaban por entonces al ministro de la Guerra el derecho de señalarles su residencia. Según decían, en el mero hecho de carecer de empleo, no tenían que cumplir ningún deber que exigiese su presencia en un punto determinado, siendo por tanto dueños de escoger su residencia; y añadían que no estando favorecidos con las ventajas de la actividad, no debían sufrir sus perjuicios. El ministro de la Guerra, por su parte, persistía en sostener su derecho, y no le faltaban razones para sostenerle, porque en el estado en que se hallaban las cosas, con el deseo que todos los oficiales de reemplazo tenían de habitar en París, era de sumo interés para él poderlos dispersar con una simple orden de la administración. Esta orden, repetida diferentes veces, había quedado sin ejecución; y los oficiales á quienes iba dirigida no cesaban de acudir á la capital, donde empleaban el lenguaje más inconveniente y sedicioso. Pero, de todos modos, era un desacuerdo tratar de resolver la cuestión en la persona

de un militar tan distinguido como el general Exelmáns, y mucho más por el ridículo delito de que se le acusaba.

El general Exelmáns, rodeado de las cabezas más exaltadas que encerraba París en aquella época, no se mostró dispuesto á obedecer una orden que calificó de sentencia de destierro; y por de pronto, pidió un plazo para cumplirla, alegando que su señora había estado de parto hacía muy poco tiempo y necesitaba todavía sus cuidados. Esta obediencia á medias hubiera debido satisfacer, no provocando una abierta resistencia con una terquedad acérrima en ejercer un derecho puesto en duda; pero el mariscal Soult insistió, y exigió la inmediata partida del general Exelmáns. Éste, excitado por sus jóvenes amigos, se negó perentoriamente á obedecer; y el mariscal, sin tener para nada en cuenta el estado en que se hallaba la esposa del general, mandó que fueran á su casa á arrestarle. Arrestado el general y conducido á Soissons, logró substraerse de sus guardias, y escribió al ministro para reclamar jueces, prometiendo constituirse prisionero desde el instante en que se le designase un tribunal regular ante el cual pudiese comparecer.

Esta escena produjo en los militares, y en una gran parte del público, una viva sensación, irritándose profundamente contra el mariscal, que habiendo sido un celoso servidor del imperio, lo era entonces, y no menos celoso, de los Borbones, persiguiendo á sus antiguos camaradas mucho más que el general Dupont lo había hecho. Todos referían las violencias cometidas con uno de los oficiales más brillantes del ejército, y sobre todo el trastorno causado á su joven esposa, sin más motivo que una falta muy cuestionable, que un recuerdo consagrado por él á Murat, su antiguo jefe, su bienhechor; y se negó, con razón ó sin ella, que el ministro pudiese fijar la residencia de los militares de reemplazo. La opinión se hallaba, pues, excitada en su más alto grado, y por los estimulantes más á propósito para obrar en ella.

Una vez producido este deplorable escándalo, era imposible detenerse y dejar al general fugado sin jueces; no había más remedio que designárselos. El mariscal, en apoyo de esta resolución, presentó al consejo real una relación tan mal concebida y tan mal motivada, que puso en gran aprieto aun á los miembros menos moderados del gobierno. Con haberse limitado á perseguir al general por delito de desobediencia, hubiera conseguido decir mucho en favor del derecho que reclamaba el ministro de la Guerra. Al conceder media paga á un número considerable de oficiales, debía el Estado, con efecto, no á título de retiro, sino al de media actividad, mientras podían gozar de actividad completa, debía conservar algunos derechos sobre ellos, y no era reclamar el uso de uno muy excesivo el pretender fijarles su residencia, porque podían necesitarse sus servicios en un punto determinado y debía tenerse bastante autoridad para enviarlos á él; pero el ministro, no queriendo fundarse en el motivo de la desobediencia, propuso que el general Exelmáns fuese puesto á disposición del consejo de guerra de la sexta división militar, residente en Lille, como acusado de mantener correspondencia con el enemigo, de espionaje, de desobediencia, de falta de respeto al rey y de violación del juramento de caballero de San Luis. Por más que el gobierno comenzase á dis-

gustarse extremadamente con los militares, no pudo menos de manifestar la admiración que le causaba el ver acumulados tantos delitos, tantas acusaciones. El general Dessoles deploró la necesidad en que se habían colocado de obrar contra un oficial tan distinguido como el general Exelmáns; y sobre todo le pareció muy extraño que se le acusase de espionaje. Por lo demás, dijo que era preciso que fuese condenado para dar ejemplo, pero con la intención de agraciarse inmediatamente. El conde de Artois, con una violencia poco conforme á su bondad ordinaria, exclamó que debían guardarse bien de hacerle gracia, siendo preciso, por el contrario, que sufriera su condena, á fin de reducir á la obediencia á los militares. El duque de Berry usó el mismo lenguaje, sin dejar, por esto, de considerar la acusación de espionaje como poco conveniente. El mismo rey y Mr. de Jaucourt, quienes estaban en el secreto de los asuntos extranjeros (Mr. de Jaucourt reemplazaba interinamente á Mr. de Talleyrand), calificaron de aventuradas, no sólo la acusación de espionaje, sino también la de correspondencia con el enemigo. Los dos sabían cuán difícil había sido en Viena cuestionar el título real de Murat; sabían que hasta después de haber cometido sus últimas imprudencias, no le habían negado ese título; que hasta le habían dejado la calificación de aliado, y que aun entonces no le habían dado la de enemigo, por más que le hubiesen amenazado con tratarle como á tal al primer movimiento de sus tropas. El rey y el ministro interino de Negocios extranjeros no ocultaron, pues, que sería difícil aplicar oficialmente á Murat el título de enemigo, lo que resultaría sin remedio de la acusación intentada al general Exelmáns, contra el que no había más datos que alegar que sus cartas dirigidas á la corte de Nápoles.

El mariscal Soult, que veía comprometido su amor propio, sostuvo obstinadamente los términos de su informe. *El general que reinaba en Nápoles*, como calificaba á Murat, no era, según él, más que el usurpador de uno de los tronos de la casa de Borbón, y por consiguiente el enemigo de la Francia; por tanto, quien le había escrito, *había estado en correspondencia con el enemigo*. El delito de espionaje estaba suficientemente probado con la sola circunstancia de haber dado parte á Murat de que muchos oficiales franceses se hallaban dispuestos á ofrecerle su espada. En cuanto á la desobediencia, era flagrante, puesto que el general había cuestionado el derecho del ministro en fijar residencia á los oficiales de reemplazo; y había, no solamente cuestionado este derecho en principio, sino que se había negado de hecho á someterse á él. Las razones que el ministro alegaba, respecto de la falta de respeto al rey y de la violación del juramento de caballero de San Luis, eran de más escaso valor: bien es verdad que estas acusaciones eran las menos importantes. El mariscal se obstinó de tal modo en sostener su acusación, que tanto por condescendencia como por pereza de ánimo, el rey le permitió motivar su informe á su gusto, reservándose, en caso de una condena, el uso de su regia prerrogativa. El duque de Berry, aunque dudando del valor de las acusaciones articuladas, reclamó contra las disposiciones indulgentes que el rey dejaba adivinar, y repitió que no debía de ningún modo hacerse gracia, porque, decía él, la debilidad es la que pierde al ejército. Impacientado el rey le

respondió: *Sobrino mío, no os adelantéis á la justicia; esperad á que ella pronuncie su fallo.*

Se consintió, pues, al ministro de la Guerra intentar al general Exelmáns una causa basada, como acabamos de ver, en las acusaciones menos fundadas. Desde el momento en que el general supo que había sido puesto á disposición del consejo de guerra de la 16.<sup>a</sup> división militar, no dudó un solo instante en constituirse prisionero, de acuerdo con el dictamen de numerosos amigos, quienes no creían con razón que hubiese un solo militar, ni lo que es más, un magistrado capaz de condenarle.



El general Exelmáns

El general se dirigió á Lille y compareció el 23 de enero ante el consejo de guerra de la 16.<sup>a</sup> división militar. Después de haber enunciado el relator las acusaciones articuladas por el mariscal Soult, el general dió á ellas respuestas sencillas y convenientes, con un tono de moderación que no le era habitual, pero que le habían aconsejado emplear. A la acusación de correspondencia con el enemigo, contestó que hallándose en aquellos momentos la Francia en paz con todos los Estados de la Europa, no era posible pretender que él hubiese sostenido relaciones con un enemigo, y que si por acaso la Francia tenía uno, este enemigo, hasta entonces ignorado, no podía ser considerado como tal sino después de una declaración de guerra, ó de hostilidades ostensibles. Respecto de la acusación de espionaje, declaró con un sentimiento de dignidad comprendido y aprobado por todos los circunstancias, que ni siquiera se tomaba la molestia de contestar á ella. En cuanto á la desobediencia, sostuvo que no teniendo el ministro, en el estado en que se hallaban las cosas, ningún servicio que exigir de los oficiales de reemplazo, se abrogaba, respecto de